

Astrolabio. Revista internacional de filosofía
Año 2008. Núm. 6. ISSN 1699-7549. 30-44 pp.

Por una democracia sin capitalismo

Marcos Roitman, *Democracia sin demócratas y otras invenciones*.
Madrid, Sequitur, 2007, 113 págs.

El capitalismo se ha comido todos los trozos del pastel político e ideológico. A esta aplastante conclusión llegaron los comensales del celebrado banquete de las bodas entre el Este y el Oeste, a cuya luna de miel asistiremos en directo desde Pekín, este verano. Sin embargo, ni todos están invitados, ni todos los que han sido invitados van a asistir. Entre los todavía disidentes se encuentra Marcos Roitman, un insistente veterano de la crítica a la democracia del tardocapitalismo (ver su libro *Las razones de la democracia*, publicado también en Sequitur, en 1998).

Según Roitman, el capitalismo ha conseguido que la idea de democracia vaya estrechamente asociada a la necesidad de vivir en una sociedad de mercado, hasta el punto en que la práctica política se ha convertido en una práctica de mercado más, pues los gobernantes se eligen a partir de un proceso similar al de la elección de un coche o de un kilo de patatas: los discursos políticos han de competir en un mercado, o más bien mercadillo, electoral que sigue los mismos patrones que la propaganda dirigida al consumo. Por otro lado, este atractivo proceso político, pues a todos nos gusta elegir lo que vamos a comprar, sirve de anzuelo para las sociedades que aún no han desarrollado plenamente la democracia que nosotros conocemos: las masas oprimidas, cuando piden democracia, se refieren a ese régimen del cual disfrutaban las masas consumistas. De este modo, parece que toda alternativa democrática al mercado queda relegada al terreno del utopismo.

Los factores ideológicos del capitalismo (publicitarios e intelectuales en el mismo bando) construyen un concepto de democracia-mercado que sea digerible y fácil de transmitir, para que ambas cosas constituyan una unidad en la representación ideológica de los ciudadanos. La práctica democrática se reduce entonces al voto y al consumo, sintetizada en el voto por *sms*, que representa ambas cosas a un tiempo y mediante el cual los españoles han tenido la histórica oportunidad de elegir democráticamente a su representante oficial en el concurso de Eurovisión. ¡Qué gran ejemplo de democracia directa! Ahora, esos mismos que han llevado el *Chiki Chiki* a la cumbre musical europea, podrán aspirar a decidir qué políticas de reinserción aplicamos a los delincuentes comunes, qué hacemos con los inmigrantes, si el horario de *Pressing Catch* puede ampliarse desde la sobremesa hasta la merienda de los niños, o si en la lucha contra el terrorismo islámico volvemos a aplicar las tesis de Felipe II, si es que saben algo de este insigne español.

Sin embargo, eso no va a ocurrir, por el momento. La práctica política sigue limitada a los profesionales, mientras que los ciudadanos sólo eligen representantes, esto es, profesionales, personas adecuadas que posiblemente saben quién fue Felipe II y que probablemente no van a cometer errores de bulto ni van a llevar la

acción política por derroteros contrarios a los intereses del mercado. Este tipo de filtros sobre los posibles candidatos son más importantes incluso que los filtros aplicados sobre los votantes, hasta el punto en que la democracia hace ya mucho tiempo que admite el sufragio universal, ya que el sistema está a salvo de que desvaríos del electorado puedan combinarse con desvaríos de los candidatos políticos.

Suponemos que Roitman admitirá que la democracia popular, en ese sentido radical que no acaba de explicitarse completamente en su libro, exige que en el pueblo se haya desarrollado una cultura democrática, un sentido de la responsabilidad que, sin embargo, hoy por hoy no existe en las sociedades capitalistas contemporáneas. Es muy probable que los ejemplos que el autor menciona para ilustrar su idea de movilización popular y democrática (el movimiento zapatista, la revolución cubana, el Chile de Salvador Allende, la Venezuela de Chávez, etc.) puedan encajar de alguna manera, en ocasiones forzando los conceptos, en la idea de que hay una responsabilidad civil detrás de toda actuación política, sobre la cual se basa el concepto de ciudadanía. Pero es ciertamente improbable que ese modelo pueda servir para entender la participación política en las sociedades del capitalismo post-industrial.

La democracia de los pobres no tiene nada que ver con la democracia de los ricos. La propuesta de Roitman de separar democracia de capitalismo puede encajar muy bien en las sociedades postcoloniales, donde las capas populares han vivido el capitalismo como una experiencia nefasta, pero las clases medias europeas, por ejemplo, no recuerdan esa misma vivencia, sencillamente porque la fase brutal del capitalismo les queda lejos. Si nos remitimos a España, la experiencia hace pensar que gracias a la maduración del capitalismo industrial y a la generación de una clase media amplia fue posible la implantación segura de una democracia superadora del régimen franquista. Pueden admitirse muchos matices a esta consideración, pero es evidente que cuando los españoles accedieron masivamente a alguna modalidad de propiedad (una vivienda, un negocio, un vehículo privado), adquirieron una suerte de responsabilidad política afín al régimen democrático y ajena a las tentaciones revolucionarias que tanto temían los políticos profesionales (pues quien posee algo no está dispuesto a ponerlo en juego fácilmente). La clase media participa de la democracia en ese sentido que no agrada a Roitman, con indiferencia cuando no con desidia, porque sabe que la democracia protege los intereses generados por el sistema capitalista, y la democracia se siente protegida en el capitalismo porque la propiedad sirve de muro frente a tentaciones revolucionarias. Advertimos que democracia y capitalismo se entienden tan bien que pretender convertir aquella en un sistema político de alta calidad ética queda en un horizonte casi utópico; es un matrimonio bien lubricado, tanto que permite hablar de democracia sin demócratas, pero donde los capitalistas son indispensables; un tren que no necesita conductor pero que lo lleva para que parezca necesario. Sólo los *neocons* admiten este alto nivel de formalidad en la democracia, y un sentido de responsabilidad social nos reclama que la democracia debe estar implicada en el desarrollo de las clases sociales, tanto en lo económico como en lo cultural (dejando a un lado si algunos sectores sociales cada vez más

amplios aprovechan dignamente los recursos que el régimen destina a su desarrollo). En este punto, la reflexión de Roitman, aunque no la compartimos plenamente, nos parece necesaria como una llamada de atención sobre la perspectiva social de la democracia, sus carencias y sus excesos.

Más allá queda la cuestión de si la democracia puede a la vez afirmar la libertad personal y negar la iniciativa privada en el terreno económico, y en consecuencia, que pueda haber democracia sin capitalismo (queda fuera de discusión que puede haber capitalismo sin democracia). Que esto sea una trampa ideológica sólo puede dilucidarse en relación con el peso de las clases medias en una sociedad concreta.

Sobre la base de la crítica a la supuesta trampa de la democracia capitalista, Roitman propone pensar una alternativa que eluda el mercado, con sus inconvenientes, y que asuma los valores de la democracia. En la democracia ha de haber más decisión ética y dignidad que *elección racional*. Si renuncia a lo primero, la alternativa es la revolución como medio de creación de unidades compuestas de moral y poder, realizadas en una democracia popular. Roitman no aporta más detalles al asunto. Sus ejemplos apuntan al movimiento zapatista mexicano, al “anhelo de construir un mundo mejor”, anhelo en el que caben todos los insatisfechos de este mundo. Debajo de sus palabras parece haber un poso de reivindicación por una democracia participativa, en la que el pueblo controla efectivamente a sus gobernantes. Pero para esto no es necesario apoyarse en las reflexiones del Subcomandante Marcos ni en la figura del Comandante Chávez.

Por otro lado, moral y poder son dos componentes que raramente pueden convivir juntos durante mucho tiempo debido a las condiciones propias del ejercicio del poder: la conservación del poder obliga tarde o temprano al abandono de la moralidad, y la pervivencia en el poder da lugar a situaciones en que la moralidad supone un obstáculo. Si Salvador Allende, cuya figura merece un profundo respeto, puede encarnar esa conjunción entre moral y poder se debe a que no tuvo ocasión de ejercer el poder durante el tiempo suficiente, y hubo de defender su posición legítima bajo las balas de los enemigos del pueblo. Pero desde Maquiavelo, por no ir más atrás, los pensadores estamos moralmente obligados a desconfiar del poder político en cualquiera de sus formas. Roitman propone una utopía democrática como horizonte, está en su derecho; pero su libro nos interesa más por su contenido crítico contra el neoliberalismo.

Josep Pradas (miembro del SFPUB)